

DIEZ LECCIONES DE LAS CRISIS CAPITALISTAS.

Dr. José de Jesús Rodríguez Vargas. Facultad de Economía.

Seminario “Lecciones de la historia. La crisis de 1929: pasado y presente”, coordinado por la Dr. María Eugenia Romero Sotelo

25 de junio de 2009. Casa Club del Académico, UNAM.

1. Las crisis económicas, como parte del ciclo económico, siguen existiendo. El ciclo económico es vigente. La crisis mundial actual, también es testimonio de que no hay crisis permanente; que la presente crisis fue precedida por seis años de crecimiento, algunos años de tasas elevadas. Tampoco hay prosperidad o expansión permanente
2. Que las leyes del capitalismo, aquellas de los clásicos de la economía y particularmente aquellas descubiertas y teorizadas por Marx, siguen vigentes; mucho más vigentes y visibles a medida que se desarrolla el capitalismo. Que cada crisis puede ser única, es decir con particularidades, pero siempre determinada por dichas leyes generales. Ha habido muchos cambios, se han configurado etapas, fases de desarrollo, pero siempre determinadas por leyes generales.
3. Uno de los grandes cambios del siglo XX es la nueva función del Estado, la económica; la función, otorgada por la sociedad y asumido con reticencias, pero asumida finalmente por la clase burguesa y clase política burguesa, la de intervenir en tiempo de crisis para amortiguar sus efectos.
4. La diferencia de las crisis económicas del siglo XIX y las del XX, y por supuesto en el XXI, es la intervención del Estado y sus políticas anticrisis. Se demuestra que el Estado, tampoco, puede evitar las crisis, sólo posponerlas, a veces provocarlas, a veces amortiguarlas. El Estado, en aquel tiempo y ahora, es representante directo de la burguesía y busca a toda costa mantener a flote al sistema.
5. El reciente levantamiento de cabeza de la corriente keynesiana intervencionista, en defensa de los grandes capitalistas (con base en el principio *too big to fail*), y reguladora, muestra una lección más: las ideas difícilmente mueren, si es que mueren, más bien permanecen en un segundo plano, cuando son disfuncionales

al capital y reaparecen cuando se modifican las condiciones materiales y las relaciones de fuerzas sociales. Así fue en los años treinta con el desprestigio y abandono relativo y temporal de la teoría y política económica dominante -y por tanto ortodoxa- la del libre cambio, que dominó y contribuyó al desarrollo del capitalismo desde mitad del siglo XIX; lo mismo sucedió en la década del setenta-ochenta, cuando se abandonó al keynesianismo por disfuncional y reaccionario. Se demuestra, que al ser diferentes las dos únicas grandes teorías y políticas económicas que tenemos, son herramientas definidas para tareas distintas.

6. Se demuestra que la ciencia económica es útil, pero no tanto para evitar las crisis. Es válida, porque hoy comprendemos mucho más que antes y porque se tienen herramientas de política económica mejoradas, siempre que no se confundan las funciones, los objetivos y se usen en la medida necesaria y en el momento oportuno. La política monetaria es antiinflacionaria, antideflacionaria y estabilizadora, principalmente; la política fiscal es anticrisis, principalmente; por supuesto se pueden combinar. Dependiendo de la gravedad de la crisis se unen los dos grandes poderes, los bancos centrales y las tesorerías, con políticas estabilizadoras y estimulantes.
7. Se demuestra que la clase política gobernante, sobre todo, pero también la empresarial son más pragmáticas que ideológicas, importa más lo material –el sostenimiento del modo de producción, del sistema político, del puesto gubernamental, del ingreso- que las ideas. Así vemos que los supuestos militantes o proponentes neoliberales o supuestos no neoliberales actúan de manera diferente a lo que dictan los preceptos ideológicos o los principios de teorías económicas. Parecen inconsecuentes. Los académicos somos más ideológicos que pragmáticos, estamos más relacionados y comprometidos con las ideas que con la realidad concreta material y social; debido a eso somos más conservadores, porque somos reacios a cambiar nuestras ideas, en cambio las presiones concretas reales determinan los cambios en las teorías y políticas gubernamentales, es decir la realidad barre las ideas disfuncionales del escenario, pero en algunos ámbitos se mantienen durante más tiempo.
8. Cada etapa de desarrollo, dirigida por determinada teoría y política económica, trae la semilla de su destrucción; de la misma manera que cada fase del ciclo económico trae su negación, es decir contradicciones que con el tiempo

aparecerán violentamente, dando origen a su contrario. Una etapa intervencionista que en un primer momento consigue incrementar la acumulación de capital, lleva a una crisis estructural, a un sofocamiento y mayor control de las leyes del capital, al debilitamiento de los motores. La reacción natural, es la liberalización del capital, la destrucción de una parte de la estructura anterior, para crear o recrear condiciones que permitan el relanzamiento del capital y el sometimiento del trabajo. Una nueva distribución del poder y del ingreso.

9. Una característica del sistema, vista por los clásicos, es su capacidad de recuperación, de autocorrección y adaptación, a costa de todo, incluyendo un mayor costo social; en palabras de Marx, las crisis recuperan el equilibrio perdido. Los excesos de una etapa, visto como sobreproducción, sobrecapitalización, sobreendeudamiento, sobreespeculación, sobreconsumo, sobreganancias, se convierte en su contrario, para restablecer el equilibrio de las contradicciones. Las burbujas se desinflan. El ciclo *boom and bust*. La “mano invisible” funciona, la “ley del valor” funciona. El proceso de Acumulación-concentración-centralización-crisis-destrucción-reestructuración, funciona. Proceso perenne en el capitalismo.
10. La historia también muestra que por profundas, largas, graves, que sean las crisis económicas, sobre todo aquellas acompañadas, algunos dicen precedidas, por crisis financieras, no son suficientes para acabar con el modo de producción capitalista; lo más que sucede es un cambio de régimen político, nuevos administradores, el ascenso de la oposición, normalmente burguesa y no revolucionaria antisistema. Para esto –la toma del poder revolucionario- faltan más condiciones que sólo una grave crisis económica, se requiere el descontento social, el rompimiento del consenso, una conciencia y una organización revolucionaria. De preferencia, un proceso revolucionario en un país desarrollado, para que haya visos de esperanza, posibilidades de una verdadera, radical y benéfica transformación (en caso de que una revolución anticapitalista sea sinónimo de bienestar social). Sin esta última condición, la historia también demuestra, que no vale la pena tanto costo social. Intentar transformaciones revolucionarias, llamadas socialistas, en países atrasados, para regresar el punto de partida, es muy decepcionante y muy costoso.

